

dora de mucho estudio, no sólo de los principios abstractos del derecho internacional público, sino de la historia de nuestras relaciones diplomáticas," y se afirma que "está escrita con claridad y corrección, y animada por el amor á la patria colombiana."

Felicitemos al autor por este trabajo que le honra, y le deseamos éxito cumplido en la noble carrera del foro.

ACTOS OFICIALES

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

DECRETO NUMERO 3 DE 1912

El Rector

En uso de sus facultades

DECRETA

Por el tiempo de la licencia concedida al señor don Luis María Luque, con motivo de enfermedad, nómbrase Prefecto General del Colegio al señor convictor doctor Juan N. Amaya Sierra.

Dado en Bogotá, á 4 de Marzo de 1912.

R. M. CARRASQUILLA

Presbítero

José Antonio Montalvo, Secretario.

MI RELOJ

Hace más de treinta años que recibí de mi padre, como recompensa de mis primeros estudios, este perpetuo acompañante, que ha ido marcando una á una todas las horas de mi vida.

Recuerdo bien la grata emoción que me produjo la vista de aquel hermoso reloj de oro, recién salido de las manos del constructor ginebrino. Parecíame que con semejante obsequio se me daba ya la revalida de hombre, cuando apenas acababa de entrar en la adolescencia.

Un reloj de oro y además de repetición, en el bolsillo de un muchacho de doce ó trece años, es como un título de formalidad otorgado á quien no tiene obligación ninguna de ser formal; es un grave depósito que se confía á un insolvente. ¡Cómo no había de enorgullecerme la idea de que se me consideraba formal y digno de la confianza de mis padres!

Orgullosa y satisfecho hasta más no poder, recibí el obsequio, y colocándolo, como todo el mundo, en el bolsillo que está un poco más abajo del corazón, mi corazón y mi reloj se asociaron para latir juntos en este breve pero penoso viaje de la existencia humana, dispuestos á contar todos los segundos de dicha y todas las horas de dolor, todos los minutos de esperanza y todos los días inacabables de desengaño y de amargura.

¿Qué era lo que me daban con aquel reloj? ¿Un compañero ó un espía? ¿Un amigo que iba á *hacerme el tiempo* feliz ó un fiscal perenne de mis actos, ocupado en señalar con sus inconscientes manecillas todas mis abominaciones? Si entonces me lo hubieran preguntado, hubiera respondido como responde siempre el niño que suspira por ser hombre: este reloj es el amigo y el compañero que se apresurará á marcar la hora de mi entrada en el mundo y con ella el principio de mi fortuna, de mi gloria y de mi grandeza.

Yo oía su *tic tac* incesante como la música más deliciosa que pudiera sonar en oídos humanos. Es verdad que me parecían muy lentas aquellas palpitaciones acompasadas del indiferente mecanismo; pero era porque mi deseo de que pasaran pronto los días y los años corría mucho más que la tierra al rededor de su eje y al rededor del sol.

Yo quería que el bozo sombrease mis labios.... y el reloj no manifestaba, por eso, empeño en apresurar su marcha. ¡Qué eternos días los últimos días de la niñez! ¡Qué años tan largos los años de la adolescencia!

A cada momento consultaba yo el reloj, como si dependiera de la marcha de sus manecillas que sonase cuanto antes la hora de mi juventud.

El reloj seguía constantemente latiendo, lo mismo que mi corazón: *tic tac, tic tac, tic tac.....*; pero mi corazón se adelantaba á los mecánicos latidos del reloj, y el hervor primero de todas las pasiones parecía iniciarse en el *tic tac* de este otro reloj que llevamos dentro del pecho como regulador de nuestras virtudes y de nuestros vicios.

No; mi corazón no quería sujetarse á la marcha igual y pausada de mi reloj. Las ilusiones comenzaban á revolotear como bandada de mariposas al rededor de mi cabeza; y las esperanzas producían palpitaciones más hondas y más rápidas en los resortes invisibles del alma.....

Por fin llegó la hora anhelada de entrar en la hermosa y brillante juventud. Mi reloj había ido mucho más despacio que mis deseos y mis ilusiones; pero al cabo tuvo que resignarse á señalar la hora precisa en que el adolescente arroja su vestido de colegial, cubre su cabeza con el alto sombrero de copa y manda á su sastre que le haga el primer frac.

Negreaba sobre el labio superior el fino, aunque ya espeso bigote, y un nuevo y desconocido *tic tac* sonaba dentro del pecho, que no era seguramente tan monótono y regular como el del volante de mi repetición.

Algo como rayos de sol había penetrado en el fondo del alma, y al calor de aquellos rayos precipitábase el corazón en un torbellino de pulsaciones extrañas en que se confundían las angustias de la incertidumbre con los sueños deliciosos de una felicidad incomparable.

Entonces yo quería que mi reloj enloqueciese, ya prolongando indefinidamente una de aquellas horas en que la vida y el mundo se concentran en el goce de un deseo satisfecho, ya saltando por encima de los días y de los meses para acercarme al objeto que ocupaba por entero todas las potencias de mi alma.

Días de ausencia, de soledad y de amargo desconsuelo..... Noches castas y puras de amorosos ideales, de generosos delirios y de nobles propósitos..... ¡por qué el reloj os ha de medir con idéntico *tic tac, tic tac*, cuando en el reloj del corazón son aquéllos eternos y éstos tan breves!

Pero la inflexible máquina no se deja seducir por los caprichos del hombre, y fuesen cualesquiera mis impacencias ó mis temores, ella seguía imperturbable latiendo acomodadamente en el bolsillo de mi chaleco ó en la cabecera de mi cama, como si me dijese: eres un necio con desear que yo siga la versatilidad de tus impresiones; las penas y los goces pasan por igual; tan breve es el dolor que te ha parecido largo como el placer que te ha parecido breve. Todo lo que esperes del tiempo lo obtendrás más pronto de lo que te figuras, y de ello quedarán únicamente aquellas horas más que tú hayas aprovechado para la virtud.

Esto era, sin duda, lo que el reloj me decía, porque ahora mismo, cuando escucho su incesante *tic tac, tic tac*, y recuerdo que con esa perpetua palpitación me ha señalado los momentos en que tenía la dicha de ser padre y luego la inmensa desgracia de perder á los queridos pedazos de mi alma, ó la hora inefable de vencer en las batallas de la inteligencia, lo mismo que aquellas en que el desencanto sucedía á las esperanzas del triunfo..... y en seguida observo que todo eso ha quedado atrás, muy atrás, como han quedado los ilusorios afanes de la juventud y las sonrisas de la fortuna y las falaces promesas de la ambición y de la gloria, me pregunto con espanto: ¿Y cuáles son, ¡miserable de ti! los minutos que has santificado con tus buenas obras? ¿Dónde están las virtudes que has sembrado en esos días que se te figuraban interminables y que ahora contemplas desde lejos y como perdidos en los horizontes de tu vida? ¿Qué queda útil y provechoso de todas esas horas de tu reloj, si las miran los ojos de tu conciencia y los ojos de tu Dios?

Y mi conciencia y mi Dios me contestan que en esa sucesión de latidos el caudal de los remordimientos es infinitamente superior al de las satisfacciones; que son pocas las horas ganadas para el bien, y muchas las perdidas en la disipación y el abandono; que del placer no resta sino el dejo amargo, y del dolor..... ni aun el mérito de haberlo ofrecido en holocausto al justísimo Padre que me lo mandaba!

¡ Oh compañero inseparable de mi vida ! ¡ Oh incorruptible delator de mis actos ! ¡ Oh tenaz anotador de los años que van pasando sobre mí como las ondas de un río sobre los sillares de una presa ! Me estremece tu *tic tac*, que me va acercando á aquella hora insegura en que cesará mi corazón de acompañarte en tus palpitaciones; cuento ya uno por uno tus segundos, que me alejan cada vez más de los primaverales encantos de la existencia; quisiera á veces convertir tus minutos en años y tus horas en siglos, como enfermo que se horroriza con la proximidad de la noche, y desea que no se ponga jamás el sol en el horizonte..... y, sin embargo, aun el atractivo del mañana me seduce, y todavía, á pesar de la rapidez espantosa de tus viejas manecillas, quiero descubrir los misterios de lo venidero y presenciar los esfuerzos de las nuevas generaciones que nos empujan, y ver si esta previsión se cumple ó si aquel presentimiento se realiza..... Es el amor á lo desconocido, que no se extingue jamás en el fondo del corazón humano.

Juntos, ¡ oh reloj mío ! hemos contemplado grandes catástrofes. ¡ Ah ! Quedan atrás muchos sepulcros abiertos, muchas lágrimas, muchos engaños y muchos sacrificios estériles..... Quedan tronos volcados, naciones engrandecidas y naciones mermadas..... Pero enfrente de nosotros hay también muchos relojes y muchos corazones que esperan con ansiedad la hora de las venganzas unos, de las injusticias otros..... ¿ Qué sucederá ? Nadie lo sabe; pero tu *tic tac* incesante nos lleva hacia el momento en que el velo del porvenir ha de descorrerse, y olvidando con frecuencia que

me lleva á mí también hacia el término de mi vida, te pido que aceleres tu marcha para que el mundo vea resplandecer en medio del estrépito de los pueblos arrojados unos contra otros, la luz inmortal del Vaticano, señalando á todos el camino del deber y de la verdad.

Que esa luz bañe mi frente y la purifique y la bendiga en aquella hora solemne en que mi corazón, ¡ oh reloj mío ! deje de responder á los monótonos latidos de tu volante.

VALENTÍN GOMEZ.
De la Academia Española

RUPERTO FERREIRA

El Gobierno nacional, la Asamblea de Cundinamarca, muchas corporaciones científicas han rememorado las excelencias del varón justo y sabio que acaba de partir de este mundo, y cuyo nombre aparece al frente de estas líneas. La prensa periódica ha publicado los rasgos biográficos más salientes del señor FERREIRA. No pretendemos copiar nada de eso, sino tributar homenaje de admiración y cariño á aquella memoria, y dejar consignados en estas páginas algunos pormenores, insignificantes en sí, pero que pueden servir mejor que los hechos públicos y salientes, para dar á conocer al personaje. Hoy la crítica y la historia hacen gran caso de los detalles, como la medicina del mundo microscópico.

RUPERTO FERREIRA se crió al lado de su madre, en la hacienda de *El Chocho*, cerca de Fusagasugá. La señora doña Amalia Gómez de Ferreira, hija de don Diego Fernando Gómez y de doña Josefa Acebedo y nieta del *Tribuno del pueblo*, era mujer de mucho talento y de carácter varonil, superior á su sexo y á su época. Por ausencia de su marido, ella misma se puso al frente de los negocios y manejaba la hacienda en todas sus partes. Tuvo el acierto de no anticipar la educación intelectual de su hijo, empeñándose, en cambio, en formarle física y moralmente.